

crimen de lesa magestad al que se lo imponía, y que si aparentaba no conocerlo era porque el mismo hombre, aunque culpable, era indispensable en aquel momento para salvar la monarquía?

El ejército imperial tenía por fin un gefe digno de este nombre. Desde las riberas del Danubio hasta las orillas del Wesser y del Oder, todo se reanimó al aspecto del astro brillante que había aparecido de nuevo en el horizonte. Un nuevo período comenzó para la guerra que hacia tanto tiempo desolaba la Alemania. El entusiasmo reinaba entre los soldados del emperador; renacieron las esperanzas de los católicos, y los protestantes esperaron con inquietud la realización de los temores y deseos que agitaban á todos los partidos. La corte de Viena se creyó autorizada á exigir al nuevo generalísimo unos servicios proporcionados al precio que él mismo les había puesto. Wallenstein, sin embargo, no parecía darse mucha prisa en satisfacer aquellas exigencias. Acampado en las fronteras de la Bohemia, el mas ligero movimiento un poco serio, habria bastado para expulsar de aquel país á los sajones; pero se limitó á escaramuzas y combates de vanguardia, porque no queria vencerlos, sino hacer que se aliasen con él; y Fernando, que deseaba siempre reconciliarse con el elector de Sajonia, secundaba sin saberlo los proyectos del generalísimo, aprobando su temporización. El recuerdo de los beneficios que el rey de Suecia había hecho á la Sajonia era todavía muy reciente para que se pensase en traicionarlo descaradamente, y aun cuando se hubiera tenido aquella idea, habrían temido el confiarse á la política del gabinete austriaco, cuya perfidia no era un misterio para nadie. El carácter equívoco de Wallenstein no inspiraba mayor confianza. Se negaban á creer en la sinceridad de sus ofreci-

mientos, la única ocasión tal vez en que obraba de buena fé. La posición que guardaba no le permitía dar la prueba revelando á Juan Jorge los motivos que lo impulsaban á solicitar su alianza. Obligado, aunque á su pesar, á abandonar las negociaciones para empuñar las armas, se presentó de repente frente á Praga, la que abrió sus puertas gracias á la traición de un capuchino, y la guarnición que se había refugiado á la ciudadela tuvo que rendirse con las mas humillantes condiciones. Esta ventaja le proporcionó el continuar las negociaciones, en las que el feldmariscal de Arnheim figuraba siempre como intermediario. Entre tanto que este general negociaba, Wallenstein se apoderó de los desfiladeros situados entre Aussig y Perna para cortar la retirada al ejército sajón, el cual pudo volver á su país merced á la destreza y habilidad que mostró de Arnheim en estas circunstancias. Poco después se sometieron á los imperiales las dos fortalezas de Eger y Leutmeritz que eran las únicas que ocupaban ya en Bohemia, volviendo de este modo el reino á su legítimo soberano con tanta rapidez como lo había perdido.

El duque de Friedland, que se ocupaba ménos de los intereses de su amo que de los suyos propios, quiso entonces trasportar el teatro de la guerra á la Sajonia y obligar así al elector á firmar un tratado con el Austria, ó mas bien con su general dictador, para evitar la destrucción de su país, pero la fuerza de las circunstancias lo obligó á suspender este proyecto.

Mientras que Wallenstein limitaba sus proezas á enseñorearse de la Bohemia, los suecos, como ya dijimos antes, conseguían victorias importantes en las orillas del Rin y del Danubio. Vencido en el paso de Lech y habiéndose quedado sin apoyo por la muerte de Tilly, Maximiliano no cesaba

de pedir al emperador con instancia que acudiese en socorro de la Baviera y salvase de esta manera á los Estados hereditarios del Austria de la tempestad que los amenazaba. Tambien se dirigió á Wallenstein; Fernando apoyó la solicitud con recomendaciones las mas apremiantes, así es que dia por dia partia un correo para Bohemia llevando despachos para el generalísimo, en que alternativamente le suplicaban y mandaban que se dirigiese al Danubio.

Llegó por fin el momento en que el emperador comprendió á cuán caro precio habia comprado los servicios de Wallenstein, porque despreciando este general las súplicas de Maximiliano y aun las órdenes terminantes de su amo, rehusó de una manera positiva el marchar al socorro de la Baviera. Su permanencia en Bohemia, decia, era mas necesaria, y el interes bien entendido del Austria que tenia encargo de defender, le prescribia el deber de dejar que Gustavo-Adolfo sacrificase sus mejores tropas y agotase sus recursos en la conquista de la Baviera y las fortalezas de este país. Este era el modo como se vengaba por medio de las armas suecas del desgraciado elector que en la dieta de Ratisbona habia sido el principal instrumento de su destitucion y hacia poco tiempo se habia opuesto con entereza á que volviese al mando.

Pero en breve la completa sumision de la Bohemia quitó al duque de Friedland el pretexto de permanecer en este reino, tanto mas cuanto que los triunfos continuos de Gustavo-Adolfo amenazaban seriamente la seguridad del Austria. Por último, se vió precisado á consentir en la union de su ejército con el del elector, cuyo acontecimiento esperaban los católicos con impaciencia, porque segun ellos, debia decidir del resultado de la guerra. Gustavo-Adolfo, cuyo ejército era demasiado débil para medirse con el de Wallenstein, debia

temer que se uniese con las tropas de Baviera, y sin embargo nada hizo para impedir aquella union. El ódio bien conocido que existia entre el duque de Friedland y el elector, le hizo creer que jamas consentirian en trabajar de acuerdo para conseguir el mismo objeto; y cuando los acontecimientos probaron que habia cometido una falta, ya no era tiempo de repararle. En vano se dirigió á toda prisa al alto Palatinado; el elector habia llegado ántes que él y los dos ejércitos se habian unido ya en Eger, cuya ciudad habia elegido Wallenstein para servir de teatro á su triunfo y á su venganza. Sordo á todas las representaciones, á todas las súplicas, habia impuesto á su enemigo la ley de abandonar sus Estados y de venir con sus tropas en persona á solicitar la proteccion que la desgracia le hacia indispensable, y el orgulloso Maximiliano tuvo el valor de someterse á aquella humillacion. Solo despues de largos y penosos combates consigo mismo se decidió á deber su salvacion al hombre que si él hubiera sido el soberano jamas habria tenido mando alguno; pero una vez tomada su resolucion, logró dominarse para soportar con serenidad todas las consecuencias.

Si habia sido difícil el conseguir que el elector de Baviera y el duque de Friedland se reconciasen, era aun mas difícil establecer las condiciones para que la reconciliacion fuese sincera y duradera. El mando supremo no podia pertenecer mas que á uno solo, y sin embargo, los dos lo pretendian á la vez: Maximiliano hizo valer lo ilustre de su nacimiento y el rango social que ocupaba, su cualidad como gefe de la «Liga,» y sobre todo, ser el mas poderoso de los soberanos del imperio germánico. Wallenstein se apoyó en su gloria militar y en el poder ilimitado con que habia sido investido por el gefe del mismo imperio. Si la idea de estar á las

órdenes de un servidor del emperador humillaba el orgullo del soberano, la ambición de aquel mismo servidor se aferraba á los privilegios que le permitían dictar leyes á tan ilustre rival. Las contestaciones no tardaron en terminar en favor de Wallenstein. Obtuvo el mando de los dos ejércitos: el elector no conservó ni el derecho de arreglar en el día de batalla la posición y maniobras de sus propios soldados; todo lo que el duque de Friedland se dignó concederle fué el poder recompensarlos, castigarlos y disponer de ellos cuando no estuviesen incorporados al ejército imperial. Hechas estas estipulaciones, cada uno de los dos prometió solemnemente olvidar lo pasado y no quedó por arreglar mas que el ceremonial de la escena de reconciliación. Allanada esta dificultad, los dos adversarios aparecieron al fin el uno en frente del otro y para conformarse con lo arreglado de antemano se abrazaron en presencia de sus tropas, y se prodigaron las mas enérgicas protestas de amistad, mientras que sus corazones latían llenos de cólera y de odio recíproco. Maximiliano, diestro en el arte de fingir, se dominó hasta el extremo de que era imposible leer en su rostro los verdaderos sentimientos que lo animaban; pero en los ojos de Wallenstein brillaba una alegría infernal, y la reserva que reinaba en todos sus movimientos traicionaba los penosos esfuerzos que hacia para no dejar estallar la violencia de las pasiones que agitaban su alma orgullosa.

Las tropas reunidas del Austria y la Baviera ascendían á mas de sesenta mil hombres, casi todos aguerridos y acostumbrados á vencer. El rey de Suecia no podía pensar en combatir á un ejército semejante en campo raso, por lo mismo se retiró prudentemente á Franconia, resuelto á esperar allí los primeros movimientos del enemigo para adivinar

el plan de operaciones que se proponía seguir, porque mientras estuviese acampado en las fronteras de la Sajonia y de la Baviera era imposible decidir si comenzaría por invadir la Sajonia ó atacaría á los suecos para expulsarlos de la Baviera.

Los Estados de Juan Jorge habían quedado sin defensa desde que el general de Arnheim se había dirigido á la Silesia con la intención manifiesta de arrojar de allí á los imperiales; pero se le acusó, y con razón, de haber tomado este partido para facilitar al duque de Friedland la entrada á la Sajonia, como el único medio de decidir al elector á que volviese á unirse al partido imperial. El mismo Gustavo-Adolfo estaba tan convencido de que Wallenstein principiaría sus operaciones invadiendo las provincias sajonas, que se apresuró á mandar refuerzos considerables á aquel país, con la promesa de dirigirse allí personalmente si las circunstancias lo hacían necesario. Pero el duque de Friedland, que parecía haberse propuesto desbaratar todas sus combinaciones, avanzó bruscamente al Alto Palatinado, advirtiéndole con esta maniobra que era ya tiempo de ocuparse de su propia seguridad. En efecto, no se trataba de aumentar ó siquiera de conservar las conquistas que había hecho, sino de poder sostenerse en Alemania. El enemigo se preparaba á atacarlo sin darle tiempo de llamar en su auxilio á sus aliados ni de reunir sus tropas diseminadas por todo el imperio. No le quedaba mas recurso que defender á Nuremberg, exponiéndose á ser sitiado por Wallenstein y vencido por el hambre, ó abandonar esta ciudad al furor de los imperiales, y esperar bajo la protección de los cañones de Donawerth la llegada de los refuerzos que esperaba.

Las leyes de la humanidad habían hablado siempre mas alto en el corazón de Gustavo-Adolfo que las consideracio-

nes personales; por lo mismo, tomó sin vacilar el partido de perecer con todo su ejército bajo las murallas de Nuremberg, ántes que deber su salvacion á la ruina de una ciudad que con tanta lealtad habia abrazado su causa. Millares de brazos se emplearon en el acto en rodear los arrabales de atrincheramientos, detras de los cuales los suecos establecieron su campamento. Se cavó al pié de aquellas trincheras un foso de ocho piés de profundidad y doce de anchura, y se construyeron reductos, bastiones y medias lunas para proteger las líneas y las entradas de estas obras de defensa. El Pegnitz, río que atraviesa á Nuremberg, dividia el campo en dos partes iguales que se comunicaban entre sí por medio de un gran número de puentes: mas de trescientos cañones defendian las murallas y los arrabales de la ciudad. Animados por el ejemplo de la poblacion toda, que con una actividad admirable secundaba los trabajos de los soldados suecos, los habitantes de las aldeas vecinas vinieron á su vez á prestar la ayuda de sus brazos. El sétimo dia todo el ejército estuvo reunido en el campamento y el décimocuarto quedaron concluidas aquellas inmensas fortificaciones que parecian necesitar muchos años para su construccion.

Miéntas que fuera de las murallas de Nuremberg se ejecutaba esta gran empresa, los magistrados de la ciudad llenaban los almacenes con todos los objetos necesarios para sostener un largo sitio; tomaban con anticipacion todas las medidas de sanidad contra las epidemias que son casi inevitables cuando numerosas masas de gentes se encuentran encerradas en límites demasiado estrechos: aumentaban la milicia ciudadana, armaban un nuevo regimiento al que pusieron veinticuatro nombres, de los cuales cada uno comenzaba por una de las letras del antiguo alfabeto, y or-

ganizaron á toda la juventud en batallones de reserva que se ejercitaban en el manejo del arma miéntas que comenzaba para ella la hora del combate. Por su parte, Gustavo-Adolfo expedia á sus generales de las orillas del Rin, de la Turingia y de la Baja Sajonia la órden de venir á marchas forzadas á reunirse á Nuremberg; advirtió al mismo tiempo al landgrave de Hesse Cassel y al duque Guillermo de Weimar, que tenia necesidad de su auxilio porque su ejército no constaba mas que de diez y seis mil hombres, lo que no formaba mas que la tercera parte de la fuerza que tenia el del enemigo.

Entre tanto el duque de Friedland se habia adelantado lentamente hasta la nueva marca, en donde se detuvo para pasar revista á sus tropas. A la vista de aquel número tan imponente de hombres, de cuyo destino solo él tenia el derecho de disponer, se sintió tan lleno de satisfaccion, que dejó escapar de su boca una de esas exclamaciones jactanciosas que apenas se perdonan á la efervescencia irreflexiva de la primera juventud. «Antes de cuatro dias se verá cuál de los dos, el rey de Suecia ó yo, será el señor del mundo.»

A pesar de esta bravata, no contestó á las provocaciones de los suecos, que salieron del campamento á presentarle batalla, y cuando todos sus amigos le suplicaban que aprovechase aquella ocasion para destruir de un solo golpe á un enemigo tan débil como temerario, él les respondió con aire desdeñoso: «Hasta ahora se han dado bastantes batallas, ya es tiempo al fin de ensayar un método diferente.»

Su conducta en esta circunstancia demuestra cuán ventajoso es para un ejército estar mandado por un gefe célebre y de un mérito bastante reconocido por todo el mundo, para poder prescindir de las empresas atrevidas sin perjudicar á

su reputacion, mientras que otros se ven obligados á ejecutarlas con ansia como el único medio que tienen para hacerse conocer. Persuadido de que el valor de los suecos le haria pagar muy cara una victoria que acaso no seria decisiva y que una derrota seria para él una desgracia irreparable, Wallenstein tomó el partido de cansar la paciencia y agotar los recursos del enemigo por medio de un largo sitio.

Con esta intencion, se estableció mas allá del Rednitz, frente á Nürenberg, en un campamento que hizo fortificar con cuidado. Esta posicion era tan buena y estaba tan bien escogida que dominaba la ciudad toda y los arrabales, á la vez que le permitia impedir que los convoyes de la Sajonia, de la Franconia y de la Turingia llegasen al enemigo, al que se lisongeaba de poder reducir por el hambre y las calamidades que ella produce. Como ignoraba los recursos secretos de Gustavo-Adolfo, estaba muy lejos de prever que los males que queria atraer sobre el ejército sueco atacarían primero al suyo.

Casi todos los habitantes de los alrededores de Nürenberg habian huido con sus ganados y provisiones; y los pocos víveres que los forragistas imperiales podian encontrar en aquella comarca desierta les eran arrebatados casi siempre por los destacamentos suecos, porque el rey no queria tomar nada de los almacenes de la ciudad para alimentar á su ejército sino en la última extremidad. En cuanto llegó esta, los almacenes quedaron á su disposicion, mientras que Wallenstein tenia necesidad de buscar sus provisiones en las provincias lejanas.

Un inmenso convoy de víveres, escoltado por mil soldados escogidos, debia llegar de la Baviera al campamento imperial. Los suecos tuvieron noticia de ello; un regimiento de caba-

llería salió en el acto de Nürenberg y protegido por la oscuridad de la noche se apoderó no solamente del convoy sino tambien de la ciudad en que se habia detenido.

Esta expedicion valió á Gustavo-Adolfo mas de mil quinientas cabezas de ganado mayor y una multitud de otras provisiones. Mil carros cargados de pan que no se pudieron trasportar fueron entregados á las llamas. Los siete regimientos que el duque de Friedland habia enviado al encuentro del convoy para ponerlo á cubierto de un golpe de mano, no llegaron sino para dar fé de que habia sido capturada y hecha pedazos la pequeña escolta que lo custodiaba. El rey de Suecia, por su parte, tomó todas las medidas necesarias para proteger la presa que se habia quitado al enemigo. Los dos destacamentos se encontraron y despues de un encarnizado combate huyeron los imperiales dejando mas de cuatrocientos muertos en el campo.

Tantos reveses hicieron lamentar á Wallenstein el haber rehusado la batalla que con tanta audacia le habia ofrecido Gustavo-Adolfo, porque el campamento á que éste se habia retirado estaba tan bien fortificado, que se le podia considerar como intomable, y la juventud de Nurenberg que se habia aguerrido proporcionaba al rey en el momento los soldados necesarios para llenar los huecos que los combates hacian en sus filas. Si la falla de víveres comenzaba á hacerse sentir en la ciudad y en el campamento sueco, el de los imperiales era ya presa del hambre, y era probable que Wallenstein seria el primero en verse obligado á abandonar su posicion.

Hacia ya quince dias que los dos ejércitos, retirados en sus campos fortificados, permanecian el uno frente al otro limitándose á escaramuzas temerarias é insignificantes. Las privaciones y las enfermedades habian hecho en ambos lados

mas estragos que el hierro y el fuego; y cada día aumentaba el número de estos males, cuando los refuerzos tan impacientemente esperados por los suecos llegaron por fin. Al primer llamamiento de Gustavo-Adolfo, el duque Guillermo de Weimar se había apresurado á formar un cuerpo de ejército con las guarniciones de la baja Sajonia y de la Turingia. En otra parte, el canciller Oxenstiern se había encargado de conducir cuatro regimientos sajones y las tropas que el landgrave de Hesse Cassel y el conde palatino de Birkenfeld enviaban de las orillas del Rhin. Estos dos cuerpos de ejército se reunieron en Sehrvinfurt, en Franconia, en Windsheim; el duque Bernardo de Weimar y el general sueco Banner se unieron á estas tropas y todos juntos marcharon hasta Pruck y Eltersdorf, donde pasaron el Rednitz. Despues de haber salvado este último obstáculo, este ejército, compuesto de cincuenta mil hombres, seguido de sesenta cañones y cuatro mil carros cargados de municiones y bagajes, entró en triunfo al campamento sueco.

Desde aquel momento el héroe del Norte se encontró á la cabeza de setenta mil hombres, sin contar la milicia y la juventud de Nürenberg, que en caso de necesidad podia proporcionar treinta mil combatientes aguerridos, fuerza imponente en verdad, pero que tenia al frente á un enemigo no menos formidable. Esta larga y cruel guerra parecia al fin quererse decidir en una sola batalla, y la Europa entera á pesar de las diversas opiniones que la dividian, fijaba sus miradas con impaciente inquietud en el punto en que se habian concentrado los dos ejércitos enemigos, como en el foco de un espejo ustorio.

El hambre, cuyos funestos efectos se habian hecho sentir antes de la llegada de los refuerzos, no tardó en causar es-

pantosos estragos en los dos campos, porque tambien Wallenstein habia hecho que le llevasen tropas de Baviera. El corto espacio de algunas leguas estaba doblegado bajo el peso de mas de ciento veinte mil soldados y cerca de cincuenta mil caballos, sin contar la poblacion de Nürenberg, mas numerosa aún que el ejército sueco. Quince mil mugeres y un número igual de carreteros y criados llenaban el campo de Wallenstein; el de los suecos contaba una cantidad mas considerable todavia. En aquella época la costumbre permitia á cada soldado el hacerse acompañar por todas las personas que quisiesen participar de su suerte, y si el ejército imperial llevaba consigo una multitud de mugeres que pertenecian á todo el que lo deseaba, casi todos los soldados suecos estaban rodeados de una numerosa familia, porque la severidad con que Gustavo-Adolfo velaba por las buenas costumbres de su ejército le imponia el deber de proteger las uniones legítimas.

Los hijos que provenian de estas uniones y que no tenian, por decirlo así, otra patria que el campamento de su padre, en el que la solicitud del rey habia creado escuelas militares dirigidas por maestros célebres, fueron para el ejército un precioso recurso que le permitió reclutarse por sí mismo durante su larga permanencia en Alemania. Pero aquellas naciones ambulantes tenian el grave inconveniente de empobrecer las provincias donde se detenian, y el campamento sueco de Nürenberg era una prueba incontestable de esta verdad. Todos los molinos de los alrededores no bastaban para moler el grano suficiente para el consumo del ejército, y las cincuenta mil libras de pan que la ciudad entregaba cada día, no hacian mas que excitar el hambre en lugar de satisfacerla. A pesar de la prevision y del cuidado infatigable de los magistrados, una parte de los caballos murió de inanicion y el furor

siempre creciente de la epidemia hizo millares de víctimas. Después de soportar durante cincuenta y cinco días el cuadro de tantas miserias, resolvió Gustavo-Adolfo ponerle un término. Salió de sus atrincheramientos, se formó en batalla frente al enemigo y lo hizo cañonear por tres baterías que había mandado levantar en las orillas del Rednitz.

El duque de Friedland recibió esta provocación con un vivo fuego de mosquetería y un débil cañoneo. Se había propuesto destruir al ejército de Gustavo por la inacción, el hambre y las enfermedades contagiosas, y ni las súplicas de Maximiliano, ni la impaciencia y la miseria de sus tropas, ni la burla de los suecos, fueron bastante para hacerlo renunciar á su proyecto. Engañado en su esperanza de hacer aceptar á los imperiales la batalla é incapaz de soportar por más tiempo los sufrimientos de los suyos, el rey quiso intentar lo imposible y tomar por asalto una posición que el arte y la naturaleza habían hecho inexpugnable. El día de San Bartolomé, cincuenta y ocho días después de haber comenzado el sitio, confió el cuidado de su campo á la milicia de la ciudad y pasó el Rednitz cerca de Furth, ocupado por los puestos avanzados del enemigo, que después de una ligera resistencia emprendieron la fuga. El centro del ejército imperial se había retirado á las alturas situadas entre el Biber y el Rednitz. La artillería colocada en estas alturas, conocidas con los nombres de Veste y Atemberg, dominaba y protegía el campamento que se extendía hasta perderse de vista en la llanura. Profundos fosos rodeaban los atrincheramientos; montones de espinas y palizadas cubiertas de puntas de fierro cerraban todos los pasos que conducían á los montes escarpados donde Wallenstein, tranquilo y sereno como un dios amenazado por débiles mortales, lanzaba al través de una

espesa y sombría nube de humo los testimonios fulminantes de su poder. Detrás de los parapetos el fuego pérfido de la mosquetería acechaba á sus víctimas, y las abiertas bocas de muchos centenares de cañones vomitaban el hierro y la muerte sobre los atrevidos asaltantes. Hacia aquel punto imponente y terrible dirigió su ataque el héroe del Norte. Quienientos mosqueteros á caballo sostenidos por un pelotón de infantería, porque el terreno era demasiado estrecho para dar paso á un número mayor de combatientes, recibieron la orden honrosa y probablemente poco envidiada de arrojarse los primeros al abismo de la muerte. El ataque y la resistencia fueron furiosos. Nada cubría á los asaltantes contra el fuego de los imperiales, que estaban protegidos por sus atrincheramientos, y sin embargo, se precipitaron sobre las alturas que en el momento se trasformaron en volcanes lanzando por todos lados torrentes de hierro y de llamas. La caballería imperial se aprovecha de los claros que hace la muerte en las compactas filas de los asaltantes; penetra en medio de ellos y los obliga á abandonar el campo de batalla donde ya más de la mitad han perdido la vida. Los soldados á quienes Gustavo-Adolfo había concedido el honor del primer ataque eran alemanes. Indignado al ver su retirada, envía al asalto á sus queridos finlandeses, para reparar, les dijo, la cobardía alemana con el valor de los hombres del Norte; pero los finlandeses retroceden á su vez. Otro regimiento los reemplaza sin tener más fortuna. En fin, todos los regimientos del ejército atacan sucesivamente y dejan el lugar del combate cubiertos de sangre y de heridas. Montones de cadáveres mutilados se levantan alrededor del rey, pero no está vencido y continúa el ataque. Wallenstein persiste en la defensa. En otro punto la caballería imperial había venido á las

manos con la ala izquierda de los suecos apoyada en las orillas escarpadas del Rednitz. Durante este combate, en el que el vencedor pierde casi en el acto los frutos de su victoria para conquistarlos otra vez y volverlos á perder de nuevo, los dos partidos rivalizan en valor hasta el punto de que la fortuna no se atrevió á decidirse por el uno ó por el otro. Wallenstein que mandaba en persona, perdió el caballo que montaba. Casi en el mismo momento el duque Bernardo de Weimar perdió el suyo de la misma manera y una bala de cañon arrancó la suela de una de las botas del rey. Pero la lucha duraba siempre y solo la noche pudo ponerle un término.

Sin embargo, los suecos habian avanzado tanto, que el regreso á su campamento ofrecia grandes peligros. Gustavo Adolfo lo sabia y sus ojos buscaban á su alrededor á un oficial bastante experimentado á quien pudiese confiar aquella comision importante, cuando distinguió al coronel Hebron, valiente escocés que participaba como voluntario de los peligros de la batalla, porque habia hecho el voto irreflexivo de no sacar la espada en servicio del rey que lo habia ofendido, encargando á un oficial jóven el mando de una expedicion peligrosa que él habia solicitado mandar. A pesar de esto, Gustavo-Adolfo lo llamó para confiarle la dirección de la retirada. «Señor, respondió el atrevido escocés, vuestra magestad ha hecho bien en pedirme este servicio, porque es el único que no puedo rehusar, supuesto que expóngo mi vida cien veces mas bien que una.» Y partió á desempeñar en el acto una comision que requería tanto valor como prudencia.

El duque Bernardo de Weimar se habia apoderado de una altura que dominaba el antiguo Veste y desde donde podia flanquear la montaña y toda la extension del campo enemigo;

pero la cantidad de agua que habia caido durante la noche habia puesto tan resbaladiza la pendiente de la montaña, que fué imposible trasportar á su cima los cañones y se vió en la necesidad de abandonar aquel punto importante, cuya conquista le habia costado tantos sacrificios. Este último revés hizo al rey desconfiar de la fortuna que lo habia traicionado todo el dia, y en lugar de concluir de nuevo sus fatigadas tropas al combate, las hizo pasar el Rednitz al dia siguiente. Dos mil suecos habian quedado en el campo de batalla, mientras que el duque de Friedland tuvo una baja poco considerable y no perdió una sola pulgada de terreno.

Por el espacio de quince dias permanecieron los dos ejércitos en sus posiciones respectivas, sin que ninguno de ellos se decidiese á dar el ejemplo de la partida. Sufriendo privaciones intolerables, los soldados procuraban disminuirlas talando las comarcas vecinas, porque la desesperacion y el hambre habian roto los lazos de la disciplina aun en el mismo campamento suco. Las tropas alemanas particularmente robaban y maltrataban con el mismo furor á amigos y enemigos. La autoridad del rey no era suficiente para reprimir aquellos desórdenes, que estaban autorizados por el silencio y á veces por el ejemplo de los jefes. Este olvido de las leyes de la humanidad y de la disciplina afligia tanto mas á Gustavo-Adolfo, cuanto que hasta entónces habia tenido el derecho de enorgullecerse de la conducta de su ejército, y expresó su desagrado á los generales y oficiales alemanes en términos muy duros.

«Vosotros sois, desgraciados alemanes, los que destruísteis á vuestra propia patria é instigais á la desesperacion á vuestros correligionarios. Yo os aborrezco, os detesto, y pongo al cielo por testigo del horror que me inspirais! Solo vues-

«tra vista me llena de disgusto. Infringís mis órdenes, violáis mis leyes, vosotros sois la causa de que el mundo entero me maldiga, de que los desgraciados me persigan con sus lágrimas y gritos de miseria, y que me vea obligado á voírles decir: El rey que es nuestro amigo nos hace un daño mayor que el más implacable de nuestros enemigos. Por vosotros he despoblado mi reino y agotado mis tesoros, y vos he dado más de cuarenta toneladas de oro, <sup>1</sup> mientras que vuestro imperio de Alemania no me ha dado á mí con qué comprar un miserable justillo. He dispuesto en vuestro favor de todo lo que Dios me ha concedido, y continuaria haciéndolo si fuérais sumisos y obedientes á mis órdenes; pero acabais de probarme que sois gente mal intencionada y perniciososa, aunque más de una vez me hayais proporcionado la ocasión de admirar vuestro valor.»

Los dos grandes ejércitos que hacia once semanas vivían sobre el territorio de Nuremberg, habían agotado de tal modo sus fuerzas físicas, que les era imposible el permanecer allí por más tiempo. La ciudad había perdido más de diez mil de sus habitantes, las campiñas en otros tiempos tan fértiles parecían ahora áridos desiertos, las aldeas no eran más que montones de cenizas, y los desgraciados habitantes se morían de hambre y de desesperación en los caminos reales á donde habían ido á buscar asilo y un pedazo de pan. Las exhalaciones que se desprendían de los dos campamentos y la descomposición de los cadáveres, acelerada por los calores de la canícula, llenaban el aire de miasmas pestilentes con los cuales los hombres y los animales respiraban una muerte tan horrorosa como cierta. Estos espantosos miasmas y la

<sup>1</sup> Cada tonelada equivale á \$ 60,000 de nuestra moneda.—N. del T.

tenacidad del duque de Friedland en permanecer en sus atrincheramientos, decidieron al fin al rey de Suecia á ser el primero en abandonar aquellos lugares. El 8 de Setiembre de 1682 levantó el campo y salió de Nuremberg, donde dejó una guarnición suficiente para poner á la ciudad al abrigo de un golpe de mano. Formado en batalla pasó lentamente frente al campo de Wallenstein, quien no hizo ningún movimiento para inquietar su marcha, y se dirigió hácia Neustadt sobre el Aich y despues á Windsheim donde se detuvo cinco dias, no solamente para dar tiempo á sus tropas de descansar, sino para estar inmediato á Nuremberg en el caso en que el enemigo se atreviese á atacarla. Por su parte Wallenstein, que solo había esperado la retirada de los suecos para operar la suya, dió la órden de levantar el campo y de incendiarlo todo, incluso las aldeas que no habían sido destruidas. Por todos lados se levantaban hasta el cielo columnas de llamas y de humo, y aquel horrible adios lanzado á través de la comarca, era para la ciudad de Nuremberg una prueba cierta de la suerte que le estaba reservada si hubiera caído en poder del implacable duque de Friedland, el que se complacía en seguir señalando cada uno de sus pasos con el incendio, el robo y el asesinato. El justo deseo de proteger á Nuremberg había impedido al rey el inquietar la marcha de los imperiales, y además, el país en que se encontraba estaba tan agotado que no podía alimentar por más tiempo á un ejército como el suyo. Se decidió por lo mismo á enviar una parte de él á Franconia para conservar su autoridad en aquel punto, y él mismo condujo la otra parte á Baviera para terminar la conquista de este país.

Wallenstein, que acababa de llegar al obispado de Bamberg, pasó allí revista á su ejército. De sesenta mil hombres de

que se componia al principio, los combates y las enfermedades contagiosas lo habian reducido á veinte y cuatro mil, de los que la cuarta parte era de bávaros. Las pérdidas de los suecos se elevaban á cerca de veinte mil hombres. El campo de Nurenberg habia destruido á aquellos dos ejércitos mas que lo que hubieran podido hacer muchas batallas, y lo mas sensible de todo era que la guerra no habia dado un solo paso á su desenlace. Las conquistas de los suecos en Baviera y la invasion que amenazaba á los Estados austriacos se habian suspendido; pero Gustavo-Adolfo habia recobrado su libertad de accion para acometer de nuevo aquella empresa.

Poco afectado por la suerte de la Baviera y cansado de la reserva que le imponia la presencia de Maximiliano en el ejército, se aprovechó Wallenstein con ansia del pretexto que le presentaba la situacion de los negocios, para desembarazarse de este príncipe y trabajar de nuevo en la realizacion de sus proyectos acerca de la Sajonia. Convencido de que su presencia y la de sus tropas seria el mejor argumento posible para decidir al elector á formar alianza con él, escogió los Estados de este príncipe para que le sirvieran de cuarteles de invierno. El instante era favorable para esta empresa.

El ejército sajón, secundado por los suecos y por las tropas del elector de Brandeburgo, habia obtenido grandes ventajas en Silesia. El medio mas seguro para salvar á esta provincia, era el inquietar á Juan Jorge en su propio país, lo que era tanto mas fácil, cuanto que este, para conquistar la Silesia, habia dejado la Sajonia sin defensa. El duque de Friedland no podia temer que se le censurase por sacrificar á la Baviera á la necesidad de conservar al Austria una de sus provincias hereditarias. Por lo mismo no le costó trabajo el ocultar sus verdaderas intenciones bajo la máscara de una adhesión á

toda prueba por la causa del emperador. Al abandonar, por decirlo así, al elector de Baviera en manos del rey de Suecia tenia derecho á esperar que este á su vez le entregase al de Sajonia por el cual Gustavo-Adolfo no tenia ya aquella viva amistad que en los primeros tiempos de su alianza lo habia hecho dejarlo todo para volar en su auxilio.

Abandonado por su pérfido protector, el desgraciado Maximiliano se separó de él en Bamberg, y volvió á su país con los débiles restos de sus tropas: el ejército imperial entró á la selva de Turingia, pasando por Bareith y por Coburgo. El general Holk habia sido enviado al Voigtland con seis mil hombres y la orden de destruirlo todo á su paso. Muy poco despues, Gallas, otro general de Wallenstein y uno de los mas activos ejecutores de sus bárbaras órdenes, recibió la misma comision, así como el general de Pappenheim que habia sido llamado de la Baja Sajonia para acabar de devastar los Estados de Juan Jorge. Los templos fueron destruidos, las aldeas incendiadas, las casas saqueadas, y familias enteras quedaron sin asilo y faltas de todos los medios de procurarse la subsistencia; los ancianos, las mugeres, los niños degollados en sus habitaciones destruidas, señalaban el camino que habian seguido aquellos bárbaros al traves de la Turingia, el Voigtland y la Misnia. Tantos desastres, sin embargo, no eran mas que el preludio de las calamidades mas terribles aún con que el grueso del ejército mandado por Wallenstein en persona amenazaba á la Sajonia. Despues de haberlo llevado todo á fuego y sangre durante una marcha cruelmente lenta y calculada, el implacable generalísimo se detuvo bajo las murallas de Leipzig, de la cual se apoderó. Su objeto era penetrar hasta Dresden y no renovar las negociaciones con el elector hasta haberse hecho dueño de su país. Ya se disponia

á pasar el Muld para atacar y dispersar al ejército sajón que habia avanzado á su encuentro hasta Forgan, cuando la noticia de la llegada del rey á Erfürt, lo puso en la necesidad de suspender sus proyectos de conquista y retroceder hasta Merseburgo, donde se reunió con el cuerpo de ejército de Pappenheim cuya cooperacion le era indispensable para resistir á la vez á los suecos y á los sajones entre los cuales se habia colocado, situacion tanto mas difícil cuanto que el duque Jorge de Lüneburgo les habia llevado un refuerzo considerable de la baja Sajonia.

Hacia ya mucho tiempo que Gustavo-Adolfo observaba las pérfidas maquinaciones de la España y del Austria para arrebatarle sus aliados; el elector de Sajonia era sin duda para él el mas importante de todos, pero mas de un motivo lo autorizaba á dudar de su fidelidad. Acostumbrado este príncipe á verse tratado como el gefe de su partido, no soportaba sino por fuerza la intervencion de un extranjero en los negocios del imperio, y su repugnancia en secundar las operaciones de este extranjero, habia estado adormecida mas bien que vencida por el peligro de que aquel lo habia salvado. La autoridad siempre creciente del rey de Suecia, su influencia predominante sobre los príncipes protestantes, y sus brillantes victorias, bastaban sin duda para inquietar á los miembros de la dieta; pero el elector de Sajonia se dejaba llevar por sospechas que los agentes del Austria no cesaban de explotar. A cada paso que su augusto aliado se permitia dar sin haberle consultado ántes, á cada solicitud ó reclamacion que dirigia á la Dieta, estallaba en amargas quejas que hacian presagiar una próxima ruptura, y sus generales, cuando tenian que obrar de concierto con los suecos, imitaban las sospechas y la malevolencia de su amo. Por

otra parte, Juan Jorge tenia una repugnancia innata por la guerra y nada habia sido bastante para libertarlo enteramente de su respetuosa sumision á la casa de Austria, que la costumbre habia convertido, por decirlo así, en un culto. Estas disposiciones autorizaban al general de Arnheim á esperar que, mas tarde ó mas temprano, lograria decidir á su amo á firmar una paz parcial y secreta con el emperador. Si sus esfuerzos no obtuvieron, por mucho tiempo, resultado, los acontecimientos probaron que por lo ménos no fueron enteramente inútiles.

La Baviera estaba tan mal defendida, que Gustavo-Adolfo podia esperar el apoderarse de todo el electorado en muy poco tiempo, y la insurreccion que acababa de estallar en la alta Austria le abria el camino de Viena, de cuya ciudad le seria fácil apoderarse antes de que la socorriese el duque de Friedland. Estas brillantes esperanzas debian ser sacrificadas por un aliado que no le habia prestado ningun servicio de importancia y que ni siquiera se mostraria agradecido á semejante sacrificio. Todo el mundo sabia que este, en medio de las calamidades públicas, no cuidaba mas que de sus intereses personales, y si se solicitaba su alianza era menos por obtener los socorros que podia proporcionar que para evitar el mal que estaba siempre dispuesto á hacer. Urgido en aquel momento por el imponente ejército al frente del cual Wallenstein acababa de renovar sus pérfidas proposiciones, y que, mientras eran aceptadas, destruia el país, tenia al fin un pretexto suficiente para justificar su infidelidad. Esta circunstancia, unida al mal efecto que produciria en todos sus aliados de Alemania la ruina de la Sajonia, si dejaba que se consumase por acabar la conquista de la Baviera, decidió al rey de Suecia á renunciar unas victorias ciertas por ir á